

Crear la Nación. Los nombres de los países de América Latina, José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados Reseña

Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008, 378 pgs, ISBN: 950-07-2937-6

RESEÑA

Eva Sanz Jara

Centro de Estudios
Histórico-Culturales,
Instituto de Estudios
Latinoamericanos,
Universidad de Alcalá,
Alcalá de Henares,
Madrid (España)

eva.sanzjara@uah.es

En la Introducción que los compiladores hacen a este libro colectivo se alude a la renovación que se está produciendo en los estudios sobre la formación de los Estados latinoamericanos. Entre los temas que dentro de este campo renovado se abordan se encuentra la construcción de las identidades nacionales de dichos Estados. La historia de los nombres de los países que este volumen ofrece debe enmarcarse en el tema citado, puesto que contribuye a profundizar en el conocimiento de la construcción de las nuevas repúblicas americanas. Este campo de estudio ha sido abordado desde muchas perspectivas; sin embargo, esta visión desde la historia de los nombres de los países puede calificarse en gran medida como novedosa. De igual manera, resulta innovador el hecho de que se trate de un análisis colectivo, de un estudio, no de un caso aislado, sino de todos los países latinoamericanos.

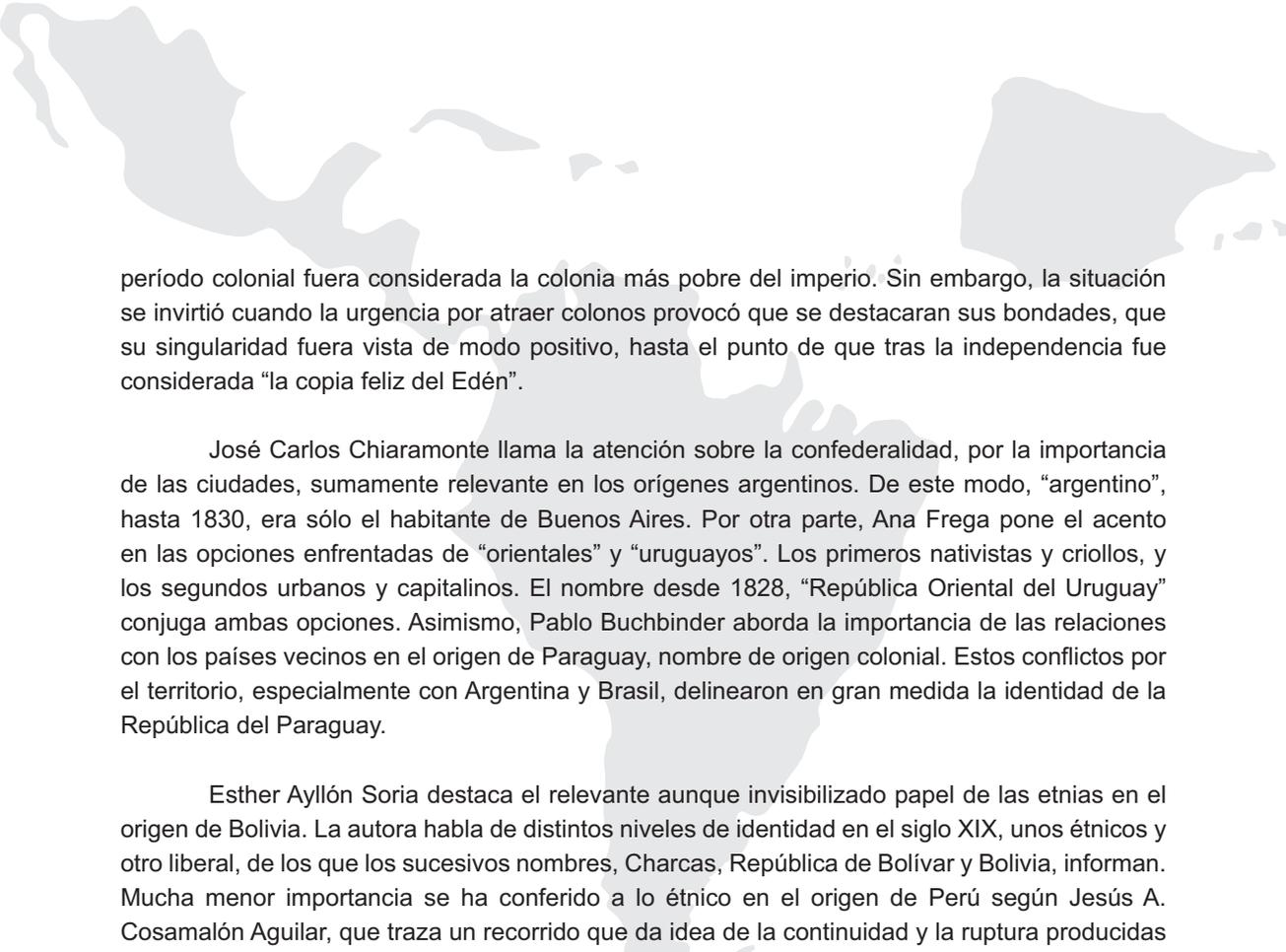
Proponen los compiladores varias ideas para abrir la reflexión que generará la lectura de los capítulos que componen la obra. Subrayan la importancia de los nombres de los países, afirmando que en ocasiones llegan a condicionar el proceso de formación y consolidación de los Estados y, desde luego, la identidad de sus poblaciones. La elección de los nombres responde frecuentemente a la adscripción a una determinada forma de gobierno; al mantenimiento o cambio de las fronteras coloniales; así como a la identidad política del nuevo Estado.

En el primer capítulo del libro, José Murillo de Carvalho indaga en el origen del nombre de Brasil. Éste data del inicio del siglo XVI y se debe al comercio del palo de brasil. Aunque tuvo que convivir con “Tierra de Santa Cruz”, finalmente prevaleció el primero. A principios del siglo XX, se generaron discusiones en torno a “Brasil” por su origen no demasiado elevado, pero se resolvieron confiriendo al nombre una explicación diferente, relacionado con la isla mítica y no con el comercio de madera.

Rafael Sagredo Baeza, introduce en su texto dos elementos decisivos en la historia de Chile: la geografía y la marginalidad. La condición insular, aislada, del territorio, sumada a sus escasos recursos, hizo que durante el

DOI

DOI: 10.3232/
RHI.2009.V2.N1.06



período colonial fuera considerada la colonia más pobre del imperio. Sin embargo, la situación se invirtió cuando la urgencia por atraer colonos provocó que se destacaran sus bondades, que su singularidad fuera vista de modo positivo, hasta el punto de que tras la independencia fue considerada “la copia feliz del Edén”.

José Carlos Chiaramonte llama la atención sobre la confederalidad, por la importancia de las ciudades, sumamente relevante en los orígenes argentinos. De este modo, “argentino”, hasta 1830, era sólo el habitante de Buenos Aires. Por otra parte, Ana Frega pone el acento en las opciones enfrentadas de “orientales” y “uruguayos”. Los primeros nativistas y criollos, y los segundos urbanos y capitalinos. El nombre desde 1828, “República Oriental del Uruguay” conjuga ambas opciones. Asimismo, Pablo Buchbinder aborda la importancia de las relaciones con los países vecinos en el origen de Paraguay, nombre de origen colonial. Estos conflictos por el territorio, especialmente con Argentina y Brasil, delinearon en gran medida la identidad de la República del Paraguay.

Esther Ayllón Soria destaca el relevante aunque invisibilizado papel de las etnias en el origen de Bolivia. La autora habla de distintos niveles de identidad en el siglo XIX, unos étnicos y otro liberal, de los que los sucesivos nombres, Charcas, República de Bolívar y Bolivia, informan. Mucha menor importancia se ha conferido a lo étnico en el origen de Perú según Jesús A. Cosamalón Aguilar, que traza un recorrido que da idea de la continuidad y la ruptura producidas en Perú desde el virreinato hasta la era republicana. El capítulo de Ana Buriano sobre Ecuador, que comienza con la alusión al antiguo nombre de Quito, enfatiza el importante papel de los “padres de la patria” en los nombres de las nuevas Repúblicas.

De Colombia y Venezuela, países con importantes episodios de su historia en común, se ocupan sendos capítulos del libro. En el primero de ellos, Aimer Granados trata los distintos usos que “Colombia” ha tenido: nombre del continente, la Gran Colombia y el actual. Ello hace que el concepto y las fronteras en cierta medida se hayan difuminado. Y, en el segundo, Dora Dávila Mendoza afirma que nombrar representa un acto de colonización. También emprende la autora un recorrido por los distintos nombres del territorio en relación con las circunstancias históricas: de los indígenas, como Coro y Caracas, a la República Bolivariana de Venezuela.

Margarita Silva Hernández expone en su capítulo la excepcionalidad de la denominación supranacional centroamericana y el pensamiento unionista, justificado por el pequeño tamaño de los territorios de América Central, su no excesivamente numerosa población y la amenaza de potencias extranjeras.

Dorothy Tank de Estrada, en su texto, llama la atención sobre el uso de “México” en época colonial, que ha inducido a error porque, a pesar de utilizarse de manera generalizada, aludía sólo a parte del virreinato de la Nueva España. Por su parte, Alfredo Ávila aborda la falta de definición de las fronteras novohispanas y la ausencia de conciencia territorial clara durante la colonia, lo que invalida la proyección del México independiente hacia el pasado colonial en lo que atañe a la afirmación de una nación preexistente en este último.

El capítulo elaborado por Guy Pierre habla del nombre de un país como comunión entre sus habitantes, como conciencia de rasgos que simultáneamente acercan al nosotros y alejan de los otros. También subraya el autor la importancia de la lucha contra la esclavitud y la valoración de la raza negra en la creación de Haití. Por su parte, Pedro L. San Miguel aborda la definición de la República Dominicana como opuesta a su otro haitiano.

Rafael Rojas dibuja el recorrido de la “Patria del criollo” a la “Nación del cubano”; la primera relacionada con idearios nacionalistas románticos y rechazo por lo norteamericano, y la segunda con el concepto de ciudadano y derechos políticos. Y, en el último capítulo de la obra, Laura Náter y Mabel Rodríguez Centeno tratan el particular caso de Puerto Rico, que aunque aún no ha alcanzado la independencia cuenta con una fuerte identidad nacional.

